

1. Regreso al Leviatán. La piel sádica de los nuevos soberanos

El pensador conservador Carl Schmitt escribió en *Teología política* una de las frases más memorables y terribles con que nunca ha arrancado un tratado filosófico: «Soberano es aquel que decide sobre el estado de excepción». Aplicado a su tiempo histórico, de guerras y autoritarismo cesarista, podría haber añadido que tirano es aquel capaz de aplicar la dictadura. Pero el soberano es una figura mutante con el paso del tiempo. Él mismo, años después, reconocería que los soberanos del siglo xx posbélico ya no eran los grandes dictadores de la primera mitad de siglo, sino los medios de comunicación y su capacidad de condicionar la ideología humana. Hoy, la excepción la ejecuta un nuevo tipo de dictadura

suave, oligárquica y neofeudalista que no nos domina atemorizándonos, sino poseyéndonos: obtiene todos los datos de nuestro día a día y, de esta forma, nos extractiviza y programa nuestras formas de vivir. La ejecutan soberanos sin rostro que dirigen entramados de compañías tecnológicas o armamentísticas, oligarquías aliadas de gobiernos autoritarios, déspotas o supremacistas, y con la pasiva complicidad de las democracias. Así, hemos visto parejas de baile tan irracionales como bien conjuntadas como Elon Musk y Donald Trump en Estados Unidos.

Del tiempo maquiavélico al nuevo Leviatán. Hemos dejado atrás el *tiempo maquiavélico*, gobernado por *príncipes* comisarios de la democracia escogidos en parlamentos y mediante votaciones –un tiempo que va de la posguerra hasta el capitalismo democrático en su forma neoliberal más reciente–, y nos adentramos en un nuevo *tiempo Leviatán*, donde el príncipe se convierte en *dios mortal*, ya sea en la figura de líderes autoritarios, jueces intervencionistas o empresarios al mando de gobiernos, Estados y guerras. Guerras que ya no

son entre Estados sino contra los ciudadanos, en quienes se proyecta la figura del enemigo.

Nuestros dioses mortales se sienten soberanos de nuevo. Hacen revivir nuevas formas de *dictadura soberana*, que funda un orden disruptivo o restituye el antiguo orden, oponiéndose o anulando las estructuras parlamentarias o gubernamentales –las *dictaduras comisariales*, según Schmitt– que han encarnado tanto los marxismos e ideologías democráticas de izquierdas como el liberalismo en su más amplio espectro. Sin embargo, a diferencia de los antiguos, los nuevos dioses no «toman una decisión» ininterrumpida, sino que la anuncian y poco más. Es la lógica del tiempo líquido y volátil de hoy en día.

Estos dioses mortales aplican su ley porque el hombre, de nuevo, ha renunciado a su libertad individual. El hombre ha restablecido un contrato social, como lo imaginara Thomas Hobbes, aceptando nuevos monarcas que lo gobiernan. El nuevo Leviatán lo rigen monstruos que no son marinos –como el del Antiguo Testamento al que Hobbes hacía referencia– pero sí satánicos, como el bíblico. Los nuevos soberanos son un nuevo Leviatán que acumula, también, una descomunal fuerza –la información,

la manipulación y la datificación– y dimensión –tan grande como el poder de la globalización ha permitido–. Los Leviatanes de hoy en día tienen muchos rostros, pero todos comparten una misma piel sádica; todos ellos atraviesan los límites que separan continentes y tradiciones políticas, disciplinas como la política de la economía, o relatos en los medios de comunicación de nuestra propia vida cotidiana.

La seducción autoritaria. La historiadora Anne Applebaum explica muy bien en *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo* las razones del giro autoritario, nacionalista y conservador de las élites de los países de más amplia tradición democrática en el mundo, y acusa de ello en particular al liberalismo anglosajón. Gran estudiosa de los excesos autoritarios de los regímenes soviéticos del pasado y de los regímenes del siglo actual, Applebaum acusa a la tradición liberal de Estados Unidos y de Gran Bretaña de liderar este giro antidemocrático y autócrata, y de proyectarlo hacia Europa y más allá. La técnica principal se basa en un ejercicio premeditado de exclusión legal y, por tanto, social.

La exclusión de la pertenencia colectiva implica, por oposición, un ejercicio de alto poder simbólico, que suma adeptos en la sociedad y adhesiones entre las élites burocráticas: la inclusión selectiva. Sentirse llamado como autoridad por parte de la nación –ya sea un juez, un fiscal o un mando policial– o del mundo entero –ya sea un viejo oligarca o un joven visionario de las nuevas tecnologías– empuja moralmente a ciertos individuos *elegidos* a tomar decisiones de gran trascendencia colectiva.

Los perfiles de estos nuevos soberanos que ha alentado el capitalismo contemporáneo, ese que incluye y excluye a la vez, son tan amplios como similar es su talante. Caracterizaré y ejemplificaré cuatro perfiles: el *homo* reaccionario, el tirano narcisista, el *outsider* privilegiado y el emprendedor sádico.

Europa y la pasión reaccionaria. «Los hechos de la humanidad no se repiten, pero el hombre siempre es el mismo», dijo el filólogo e historiador conservador Ramón Menéndez Pidal. Esta sentencia, un siglo después de ser pronunciada y de ver por el retrovisor la suma de barbaries del bélico siglo xx, seguramente

nos sirve para entender la ola de pasión reaccionaria que se extiende por la vieja Europa, incluido nuestro país. Volver a casa, en la vieja Europa, en 2023 y después de una década fuera me provocó un doble sentimiento: de alegría por vivir de nuevo bajo el peso de la historia, por un lado; de cierto miedo al vivir por primera vez el furor reaccionario del continente, por el otro. Es una pulsión que nace del deseo de recuperar un pasado mítico y que mira de reojo al este para sacudirse las pulgas de los propios pecados del siglo anterior. Desafortunadamente, pude anticipar los daños en unos Estados Unidos de América infectados por el complejo fenómeno del trumpismo, pero siento que en Europa la herida no está todavía cerrada.

La recurrente estrategia del reaccionarismo ha sido y es trasladar la pasión del pueblo a las instituciones. Antes de expandirse por países como Austria, Hungría o Polonia y acabar culminando en Italia con una primera ministra explícitamente ultra, Giorgia Meloni, la pasión reaccionaria se sublima durante el siglo xx en la Alemania nazi y renace en el siglo xxi en Francia con la saga Le Pen. Lo vimos en el pasado reciente en las ágoras del parlamentarismo

español, con una violencia verbal de la extrema derecha contra una ministra mujer, progresista y valiente a la que se denigró sin freno, haciendo uso de la gran estrategia del fascismo: la deshumanización del enemigo. No es un caso aislado. Todavía recuerdo la estupefacción con la que viví, desde la distancia de la secular Nueva York, la aparición de una diputada del PP de linaje aristócrata (Cayetana Álvarez de Toledo) y sus formas de subyugar a toda clase de disidencia de la nación –ya fueran figuras políticas de la izquierda o de los nacionalismos periféricos.

Tal vez los hechos no acaben de ser los mismos que los sucedidos en las ágoras parlamentarias de los difíciles años treinta o de «los vódeviles irreductibles» de la primera década del siglo pasado que tan bien glosó el ensayista Azorín en *Parlamentarismo español*, pero no cabe duda de que los vociferadores de hoy en día no es que se reclamen herederos del *hombre reaccionario* falangista, sino que son ese mismo hombre. Un hombre que llama a la movilización de las masas a través de la provocación y el desprecio.

Pero lo que resulta más preocupante de la ola reaccionaria es el nuevo protagonismo de

la *mujer caudillista*: Meloni en Italia, Marine Le Pen en Francia, Frauke Petry o Alice Weidel en Alemania y líderes ultraderechistas en países referentes de la socialdemocracia como Dinamarca o Noruega, con Pia Kjaersgaard y Siv Jensen. En la arena española no es casual el auge de la representatividad femenina reaccionaria: de la mencionada Cayetana Álvarez de Toledo a las nuevas figuras de la extrema derecha Rocío Monasterio, Macarena Olona o Carla Toscano, sin olvidar los giros fachendas de Isabel Díaz Ayuso. La violencia verbal, asignada históricamente y por méritos propios a la masculinidad autoritaria –a menudo en la forma del tirano que somete no solo al enemigo sino también a su propio pueblo–, se transfiere a la renovada furia de estas figuras femeninas, que les ha permitido ampliar las simpatías hacia una ideología históricamente masculinizada.

A diferencia del autoritarismo, el reaccionarismo no pretende fundar el poder, sino restituirle un pasado glorioso. Tradicionalmente analizados como comportamientos masculinos, el reaccionarismo y, en su forma gubernamental, el totalitarismo han sido estudiados sobre todo como «mentalidades» o «comporta-

mientos» que van de las ideas a los hechos. Así ha descrito Corey Robin a Trump en *The Reactionary Mind* y así caracterizó Hannah Arendt el totalitarismo en *Los orígenes del totalitarismo*, uno de los tratados filosóficos fundamentales de la historia contemporánea.

La tiranía de Narciso. 2 de junio de 2020. Estamos en medio de las revueltas en las calles de Estados Unidos. Es algo inédito. La heterodoxa mezcla de indignados nada tiene que ver con la etiqueta de *antifas* con que el presidente Donald Trump invoca al fantasma nacional del terrorismo de extrema izquierda. A Trump no le basta con denigrar al enemigo. Toma las armas de la decisión política e invoca la Ley de Insurrección de 1807 para sacar al ejército a las calles, pero destacados generales denuncian la voluntad presidencial de dividir al país. Los católicos se ofenden por el tono de su discurso y la teatralización banal de símbolos como la Biblia. La clase trabajadora ya no es ni se siente representada por el movilizador lema del 2016, «*America First*» («América por encima de todo»), convertido en el actual «vosotros, americanos, sois mi enemigo».

El nuevo autoritarismo levanta sus muros: no los de la frontera con México, sino los que separan la Casa Blanca de Lafayette Park, donde se manifiestan sus propios ciudadanos. El poder se atrinchera solo cuando pierde la batalla de los hechos, y las imágenes patéticas del levantamiento de estos muros certifican el miedo a la derrota. Como nos dice Timothy Snyder en *Sobre la tiranía* citando a George Orwell, Trump no es más que un nacionalista sin ningún interés en el mundo real, alguien que anima a sacar lo peor de cada ciudadano para luego decirle que igualmente es el mejor. Ante esto, nos recuerda Snyder, Orwell propuso al patriota como ese ser humano con unos valores universales imprescindibles para imaginar a una nación más justa, mejor.

6 de enero de 2021. Los alucinantes acontecimientos de ese miércoles en el Capitolio de Washington no son lo que parecen. No hablamos de un golpe de Estado fallido, sino de una insurrección popular, anacrónica, de antiguos privilegiados que siguen el camino de un líder *narciso*, capaz de incitar a las masas a defenderle de la injusticia de las instituciones de la nación. Nada que ver con un golpe de Estado. Lo único que busca Trump –evidente caso clíni-

co de trastorno narcisista— es sentirse adulado y, como alma despojada de empatía humana, ejercer la crueldad hasta el último minuto. Fundamentalmente, humillando a las instituciones de la propia nación de la que dice ser presidente. Y así es como el 6 de enero sella el fin de la conciencia de inmunidad nacional, perdurable durante siglos, desde su fundación. Su *América* —Estados Unidos para el resto del mundo— ya es percibida por todo el globo tan vulnerable frente a las pasiones contra el *establishment* como cualquier otra nación. También para los propios ciudadanos estadounidenses, muchos de los cuales se mostraban incrédulos ante unas escenas inéditas.

No se trataría de una amenaza del populismo, sino de la alimentación de una subjetividad política autoritaria y autocrática que se rebela contra la democracia liberal y la lleva a sus límites. Tarde, esta democracia institucional levanta la voz, por medio de Nancy Pelosi, y reclama un *impeachment* exprés, altamente improbable, o la aplicación de la Enmienda 25. La idea de democracia liberal y garantista falla. Se siente acosada por la pulsión autoritaria y carece de mecanismos de control válidos, más allá de los que aplica retroactivamente.

Esta es la paradoja Trump: no es ni siquiera un dictador, ya que no impone la violencia ni el terror para llegar al poder y mantenerse en él. Lo que hace Trump, en su analfabetismo total, es proceder como una especie de príncipe maquiavélico o, peor aún, de soberano egocéntrico que actúa desde dentro del Estado para borrar la soberanía popular. Trump, que logró el poder por las vías de la democracia, como hizo Hitler, se siente avalado para ilegalizar resultados electorales, conseguir votos de forma ilegal –suspender la ley, *de facto*– o estimular a las masas para que ejerzan una fuerza extralegal –con el capítulo del Capitolio como ejercicio supremo de coerción–. Pero así como el jurista Schmitt y el caudillo Hitler menospreciaban al pueblo, al que arrebataron la soberanía en nombre de una superioridad civilizatoria, Trump desprecia a las masas enloquecidas con gorras, camisetas y banderas que llevan su nombre inscrito, al tiempo que odia a los afroamericanos, humilla a las mujeres, niega la condición humana a los inmigrantes o detesta las instituciones.

Asistimos a dos fenómenos distintos, pero igual de peligrosos: por un lado, una fantasía popular que anhela una vieja idea de América

y que pretende restaurarla mediante la soberanía popular. Y, por el otro, una acción destructora, *destituyente*, que es la que protagoniza Trump.

Outsiders. La casualidad ha querido que enero parezca el momento para los asaltos –materiales y de simbología política– en los parlamentos de las democracias americanas. Dos años separan las inéditas escenas vividas en Brasilia (Brasil), con el triple asalto ciudadano a los edificios del Congreso, el Tribunal Supremo y el Palacio de la Presidencia –espacios que encarnan los tres poderes del estado de derecho: poder legislativo, judicial y ejecutivo–, y el asalto al Capitolio de Washington, que alberga, de forma ininterrumpida desde su fundación, la primera democracia americana.

No fue menos sorprendente el bloqueo de la elección del presidente de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos a finales de 2022 y principios de 2023, algo inédito desde 1923 y el proceso de elección más largo –¡quince votaciones!– de las ciento veintisiete veces que, sin excepciones, se ha producido y resuelto la elección en los Estados Unidos.

Los acontecimientos vividos en Washington y Brasilia –las capitales institucionales de los dos países más poblados de América– son síntomas de la frágil salud que tiene la democracia parlamentaria en el planeta. Si bien la crisis latinoamericana no es la primera que hemos visto, el caso de Washington da señales de agotamiento de cierta excepcionalidad estadounidense. No hay constancia de que el Capitolio hubiera sido ultrajado con anterioridad. Y más importante aún: de las catorce elecciones a presidente o *speaker* desde 1789 en que ha habido que recurrir a múltiples votaciones, todas menos una –trece– se produjeron antes de la Guerra Civil de la nación, cuando la división de los partidos era directamente guerracivilista –justo el ambiente que se respira actualmente en ciertas naciones americanas contra sus propias instituciones–. A pesar de su apariencia diametralmente opuesta –pueblo vs. parlamentarios–, los hechos comparten elementos y, sobre todo, un espíritu común en sus sociedades: un deseo antisistema que se expresa tanto en las calles como en sabotajes a su tradición parlamentaria –en el caso yanqui, de origen pluralista pero convertida en un bipartidismo endémico en manos

del GOP (Grand Old Party, el Partido Republicano) y del Partido Demócrata, de tradición más liberal y progresista.

Es el resultado de una lucha entre dos ideas de democracia que se extiende por todas las democracias occidentales y del sur global: la democracia normativa o procedimental –solo garantizada por la buena praxis de los parlamentos, según el jurista Hans Kelsen– y la democracia identitaria o plebiscitaria, cuya prioridad es ejercer la confrontación y el autoritarismo y tener el control de las decisiones. Esta visión identitaria y vigorosa de la democracia, que se ampara en el *pueblo* como sujeto político y, en última instancia, en el cesarismo que la lidere o ejecute, es la que defendieron los tiranos del siglo xx y propugnan actualmente los grupos de interés contemporáneos –tan comunes en los Estados Unidos–, las facciones políticas y religiosas extremistas o incluso individuos que militan en la autoexclusión.

Todos estos golpistas responden a la idea del *outsider*, el individuo que «vive en la periferia de las normas sociales». Desde Trump y Bolsonaro y sus correspondientes seguidores alcistas hasta la veintena de congresistas ex-

tremistas del Freedom Caucus que se amotinaron institucionalmente en la elección del presidente de la Cámara de Representantes, todos comparten el odio hacia la democracia kelseniana de carácter social, consensual y pluralista. Niegan el sistema electoral, se sublevan contra los medios de comunicación, reclaman desarmar la Constitución y hacen del parlamentarismo su rehén. Todos viven cómodos en el antagonismo y la escisión social.

El sociólogo Norbert Elias definió al *outsider* como una figura «forastera», excluida por el sistema, y a ese espacio de identificación se agarraron tanto Trump como Bolsonaro en sus respectivos procesos de acceso al poder. Ambos proclamaban la legitimidad del pueblo contra la exclusión política aplicada por el *establishment*. No casualmente, Elias titularía su memorable libro con John L. Scotson *The Established and the Outsiders* (Establecidos y marginados).

Sin embargo, los insurgentes del Capitolio no eran un grupo de freaks disfrazados y asociales, ni los insurgentes de Brasilia unos exaltados enviados por el cesarismo bolsonarista. Eran la representación de un cuerpo social que no es ni el establecido ni el marginado, sino el privilegiado que ve en riesgo todo un sistema

de dominación del que se han beneficiado en un pasado que ya no es nuestro tiempo, más plural e inclusivo y menos machista. Es el caso de los veinte *outsiders* congresistas republicanos que, como una especie de diputados díscolos dentro de VOX, se opusieron al candidato del propio partido, Kevin McCarthy. No representaban ni siquiera el 10 % del partido, pero permiten visualizar una grieta del sistema. Suspiran por el regreso del decisionismo salvaje que teorizó el gran rival intelectual del constitucionalista Kelsen, el reaccionario Carl Schmitt, pero son conscientes de que en el mundo de hoy no es posible replicar viejas fantasías despóticas del siglo pasado. Por eso atacan, con la misma ira pero con menos parafernalia, a los parlamentos en cuanto sistema democrático y, sobre todo, al garantismo de las instituciones occidentales.

Musk, la piel del nuevo sadismo. ¿A qué responde la obsesión por Twitter protagonizada por Elon Musk? Enriquecido, entre otras cosas, gracias a la aceleración de la economía de las plataformas –definida por voces como Mariana Mazzucato, Yanis Varoufakis o Ev-

geny Morozov como capitalismo tecnofeudalista–, el multimillonario proclamaba, después de su compra, la salvación del pajarito reivindicando, así, la victoria de la libertad. Auto-proclamado «absolutista de la libertad», Musk denunciaba la censura y los sesgos progresistas de Palo Alto y prometía conquistar el «centro radical» de la esfera pública virtual, anulando tanto a los «radicales de izquierda como de derecha». Horas después, el primo hermano Donald Trump le matizaría: «con Musk, Twitter ya no estará dirigido por lunáticos radicales de izquierdas ni maníacos que odian a nuestro país», dejando libre de culpa a la derecha libertaria en la que ambos se ubican.

De personalidad narcisista y machista, cómodo en una teatralidad populista que comparte con el expresidente Trump, Musk fanfarronea de la visceralidad de sus decisiones y se despreocupa de la justa medida de las cosas –ya sea del precio a pagar por un producto, de las implicaciones éticas de ser al mismo tiempo usuario compulsivo y el propietario que promete el bien común, o bien de las crueles consecuencias que puedan derivarse de la compra de Twitter, como la pérdida de muchos puestos de trabajo.

Musk podía intuir que con PayPal estaba revolucionando el comercio online. Sabía que con Tesla haría dinero a montones vendiendo modernidad y sostenibilidad, y que con SpaceX disputaría el tradicional liderazgo de las grandes potencias nacionales en asuntos como la batalla por el espacio, renovando de esta forma la figura del *superhombre*, pero sabía también que con ninguno de esos negocios podría convertir el mundo en un gran algoritmo privatizado, en sus manos, como pretende hacer con Twitter. Como en el caso de Mark Zuckerberg y su *metaverso*, la gran obsesión de Musk con Twitter es el control global de las economías emocionales de nuestro mundo: Twitter o el metaverso no son solo la «global village» (la aldea global) que Marshall McLuhan imaginó con la televisión y los medios de comunicación, sino que son un arma de influencia masiva donde se suman la capacidad de control infinita del *Big Brother* (internet) y el deseo irrefrenable de autoexposición y notoriedad que otorgan los likes, el retuiteo o la falsa sensación de proximidad con la celebridad.

Tras este asalto a la totalidad de Zuckerberg o Musk se trasluce un giro tiránico y egoísta que pone en duda la supuesta naturaleza *new*

age que las *big tech* tradicionales –Apple, Google, Facebook, Microsoft y Amazon– han vendido como suya. Bastaría con rebobinar unas décadas para detectar la enorme influencia que la filósofa del capitalismo individualista, Ayn Rand, tuvo a partir de los años ochenta en la contracultura tecnológica estadounidense –con Steve Jobs al frente–. La obra más influyente de Rand, *La virtud del egoísmo* (publicada en inglés hace casi sesenta años), que reivindicaba el abandono del altruismo y la entrega al interés propio como ejercicios éticamente lícitos para el éxito del capitalismo, nos obliga a ser escépticos con la autorreivindicación que las empresas tecnológicas han hecho de sus proyectos como utopistas y democratizadores.